

Agradecimientos

Gracias a:
Kara Cesare, Claire Zion, Kara Welsh, Leslie Gelbman y toda la gente de NAL. Como siempre.

Gracias también a Steven Axelrod, la voz de la razón.

Con cariño al Equipo Waud: Dee, LeElla, K., y Nath, sin los cuales nada de esto sería posible.

Gracias también a Jen y a Lu, y a todos nuestros moderadores y prefectos.

Toda mi gratitud para Doc Jess (alias Jessica Andersen), Sue Grafton, Suz Brockmann, Christine Feehan y su maravillosa familia, Lisa Gardner y Linda Francis Lee.

Y con todo mi amor a mi marido, a mi madre, a la mejor mitad de WriterDog y a toda mi familia.

Prólogo

Demonio» era una palabra horrible. Y tan de la vieja escuela. Cuando la gente oía «demonio», se imaginaba todo tipo de caos, como en un cuadro de El Bosco; o peor aún, como en esa basura estúpida del *Infierno* de Dante. Por favor. Montones de llamas y almas atormentadas, y todo el mundo gimiendo.

Vale, puede que en el infierno hiciera un poco de calorcito. Y que si en él hubiera habido un pintor de cámara, El Bosco habría sido lo mejor de lo mejor.

Pero ésa no era la cuestión. El demonio se consideraba más un entrenador con libre albedrío. Mucho mejor, más moderno. El anti Oprah, por así decirlo.

Todo era cuestión de influencias.

La cuestión era que las características de las almas no eran diferentes a los componentes del cuerpo humano. La forma corpórea tenía una serie de órganos rudimentarios, como el apéndice, las muelas del juicio y el coxis, todos ellos innecesarios en el mejor de los casos y, en el peor, capaces de hacer peligrar el funcionamiento del conjunto.

Con las almas sucedía lo mismo. Ellas también tenían cierto bagaje inútil que les impedía funcionar como era debido, pedazos incómodos y puritanos que colgaban como un apéndice esperando a infectarse. La fe, la esperanza y el amor... La prudencia, la templanza, la justicia y la fortaleza... Todo ese amasijo inútil infiltraba demasiada maldita moralidad en el corazón, y se interponía en el camino del alma y su deseo innato de malignidad.

El papel de un demonio era ayudar a la gente a reconocer y expresar su verdad interior sin permitir que le empañase toda esa mierda de humanidad, que no hacía más que incordiar. Mientras la gente permaneciera fiel a su esencia, las cosas irían por el buen camino.

Y últimamente había sido más o menos así. Entre las guerras que había en el planeta, el crimen, la indiferencia por el medio ambiente y esa fosa séptica de las finanzas llamada Wall Street, a lo que había que añadir las desigualdades que reinaban por doquier, la cosa iba bien.

Por hacer una analogía deportiva, la Tierra era el campo de juego y el partido llevaba jugándose desde que se había construido el estadio. Los Demonios eran el equipo local. El visitante era el de los Ángeles, los proxenetas de esa quimera de felicidad, el cielo.

Donde el pintor de cámara era Thomas Kincaid, hay que joderse.

Cada alma era un *quarterback* en el campo, una participante de la lucha universal de lo bueno contra lo maligno, y el marcador reflejaba el valor moral relativo de sus hechos en la Tierra. El nacimiento era el saque inicial y la muerte era el final del partido, cuando la puntuación se añadía a una cuenta mayor. Los entrenadores tenían que permanecer en las líneas de banda, aunque podían añadir

diferentes complementos para los jugadores humanos sobre el campo para tratar de influir en la situación y también pedir tiempo muerto para arengar a los jugadores. Era lo que se conocía comúnmente como «experiencia cercana a la muerte».

El problema era el siguiente: como si se tratase de un espectador que estuviera viendo un partido de pretemporada en un frío asiento con demasiados perritos calientes en el estómago y un gritón sentado justo detrás de la oreja, el Creador estaba observando la salida.

Demasiadas pérdidas de balón. Demasiados tiempos muertos. Demasiados empates que llevaban a demasiadas prórrogas no resueltas. Lo que había comenzado como una apasionante competición había perdido, evidentemente, todo su atractivo y a los equipos ya les habían dado el aviso: ¡id acabando el partido, chicos.

Así que ambos bandos tuvieron que ponerse de acuerdo para designar a un solo *quarterback*. A un *quarterback* y siete jugadores.

En lugar del interminable desfile de humanos, todo se redujo a siete almas situadas en la cuerda floja entre lo bueno y lo maligno... Siete oportunidades para decidir si la humanidad era buena o mala. El empate no era una posibilidad y se jugaban... todo. Si el equipo de los Demonios ganaba, se quedaba con las instalaciones y con todos los jugadores que hubiera y que llegara a haber. Y los Ángeles se convertían en sus esclavos para toda la eternidad, lo cual hacía que la tortura de los pecadores humanos pareciera un aburrimiento.

Si los Ángeles ganaban, la tierra en su totalidad se convertiría en una ridícula mañana de Navidad gigante, en una arrasadora ola de felicidad, cordialidad, bondad y con-

vivencia que se apoderaría de todo. Con ese espantoso panorama, los Demonios dejarían de existir no sólo en el Universo, sino en los corazones y en las mentes de toda la humanidad.

Aunque teniendo en cuenta toda esa felicidad y alegría, era lo mejor que les podía pasar llegada esa situación. Eso, o que les clavaran una y otra vez un palo en un ojo.

Los Demonios no soportaban la idea de perder. Simplemente, no era una opción. Siete oportunidades no eran demasiadas, y el equipo visitante había ganado el cara o cruz metafísico, así que fueron ellos los que propusieron al *quarterback* que iba a dirigir a las siete «pelotas», por así decirlo.

Ah, sí... el *quarterback*. Como es lógico, la elección de esa posición clave fue motivo de una acalorada discusión. Al final, sin embargo, acabaron eligiendo a uno, uno en el que ambos bandos estuvieron de acuerdo. Uno con el que ambos entrenadores esperaban inclinar la balanza hacia sus valores y objetivos.

El pobre imbécil no sabía dónde se metía.

La cuestión era que, sin embargo, los Demonios no estaban dispuestos a poner una responsabilidad tan trascendental en manos de un humano. El libre albedrío era maleable, después de todo, y ésa era la base de todo el juego.

Así que decidieron sacar a un jugador al campo. Iba en contra de las normas, por supuesto, pero era implícito a su naturaleza. Y era algo que sus oponentes eran incapaces de hacer.

Ésa era la ventaja del equipo local: lo bueno de los Ángeles era que nunca meaban fuera del tiesto.

No les quedaba otro remedio.

Imbéciles.